
COMBATES POR LA HISTORIA
Lucien Febvre
Prólogo de Josep Fontana
Ariel
HISTORIA

COMBATES POR LA HISTORIA

Lucien Febvre

Prólogo de Josep Fontana

Traducción castellana de
Francisco J. Fernández Buey
y Enrique Argullol



HISTORIA

Título original: *Combats pour l'histoire*

Del título original, solo se reproducen en la presente edición
quince ensayos (los catorce primeros y el último)

1.ª edición: marzo de 2017

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2544-6
Depósito legal: B. 2.377 - 2017

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

DE 1892 A 1933

EXAMEN DE CONCIENCIA DE UNA HISTORIA Y DE UN HISTORIADOR

Es el momento de regresar al pasado, el momento de volver sobre mí mismo. Guardaré en secreto, por pudor, el *Domine non sum dignus* que aflora a los labios de un hombre cuando siente por vez primera pesar sobre sus hombros el fardo de su debilidad, en este Colegio donde le rodean y le acechan tantas presencias invisibles. Tanto más cuanto que lo que esperan del elegido sus oyentes y sus colegas no es en absoluto una efusión, sino la promesa viril de un esfuerzo, el don de una energía. ¿En qué empresa? Para definirla como historiador, iré directamente a las fechas.

1892: a la muerte de Alfred Maury, el Collège de France suprimió, para transformarla, la cátedra de Historia general y del Método histórico aplicado que poseía desde hacía más de un siglo. La cátedra de Historia y de Moral, para llamarla por su antiguo nombre, permitió a Daunou, el clásico, y a Michelet, el romántico, impartir una enseñanza innovadora y brillante.

1933: cuarenta años más tarde, el Collège obtuvo la creación de una cátedra de Historia general y de Método histórico aplicado a los tiempos modernos, traducción personal y libre de la fórmula (Historia de la Civilización moderna) que en lo sucesivo se leerá en el tablón de anuncios del Collège.

1892, 1933: dos fechas, un problema. Problema que es abso-

lutamente necesario que yo os plantee. Y si al hacerlo me veo obligado a proceder a un examen sin contemplaciones de las ideas que recibieron los hombres de mi generación y de los métodos que les fueron enseñados no debéis ver en ello ni pizca de orgullosa presunción, sino simplemente un gran deseo de claridad y la necesidad, mía y vuestra, de aclarar un camino común en lo sucesivo.

I

El Collège cumplía con su razón de ser al suprimir la cátedra de Historia y Moral en 1892. No estaba hecho para volar en ayuda de la victoria, sino para precederla. Ahora bien, en 1892, la historia, tal como entonces se concebía, había jugado y ganado su partida. Estaba en los institutos, poblados de profesores de historia; en las universidades, provistas de cátedras de historia; en las escuelas especiales, reservadas a su culto. La historia copaba las direcciones de la enseñanza, los rectorados, los puestos importantes de la instrucción pública. Orgullosa y potente en lo temporal, aparecía segura de sí misma en lo espiritual, aunque un poco soñolienta.

¿Y su filosofía? Más o menos hecha con fórmulas tomadas de Augusto Comte, de Taine, del Claude Bernard que se enseñaba en los institutos; aunque tenía rotos y agujeros, allí estaba, siempre a punto, la amplia y suave almohada del evolucionismo para disimularlos. La historia se sentía a gusto en la corriente de estos pensamientos fáciles; por lo demás, he oído decir frecuentemente que los historiadores no tienen grandes necesidades filosóficas. Al rememorar las maliciosas opiniones de Péguy en uno de sus más brillantes *Cahiers de la quinzaine*:[1] «Corrientemente los historiadores hacen historia sin meditar sobre los límites y

1. *De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les temps modernes,* 3.er cuaderno, 8.a serie, pág. 28.

las condiciones de la historia; tiene razón, sin duda: más vale que cada cual haga su oficio. En líneas generales, vale más que el historiador empiece por hacer historia sin tratar de ir más lejos. ¡En caso contrario, nunca haría nada!»; siempre he tenido miedo de que muchos historiadores, al leer esas frases falsamente bonachonas, sacudan aprobatoriamente la cabeza sin percibir el regusto avinagrado de esa socarronería de Orleans...

Todo eso, por fuera. Por dentro, las cosas se ordenaban simplemente.

* * *

Lo previo es la definición: la historia, la historia era... En cualquier caso, si alguien se molestaba en definirla lo hacía, cosa bastante extraña, no por su objeto, sino por su material. Quiero decir: por una parte solo de su rico material.

«La historia se hace con textos.» Fórmula célebre: todavía hoy no ha agotado su virtud. Que fue grande, claro. Sirvió de consigna y compromiso a los buenos trabajadores legítimamente orgullosos de su consciencia de eruditos, que luchaban contra obras fáciles y cobardes. Fórmula peligrosa si no se tiene cuidado con ella y que daba la impresión de querer tachar de falso, brutalmente, el movimiento general de las investigaciones humanas estrechamente solidarias.

La fórmula ligaba la historia a la escritura con estrecho lazo. Era el momento en que la prehistoria —nombre claramente significativo— se dedicaba a redactar, *sin textos,* el más largo de los capítulos de la historia humana. Nacía una historia económica con la pretensión de ser, principalmente, la historia del trabajo humano. Y ¿cómo hacer simplemente con papeles o pergaminos, ignorando las técnicas, esta historia del trabajo cuyas condiciones determinaba ahora hace un año François Simiand? Nacía una geografía humana que llamaba la atención de los jóvenes, captados rápidamente por estudios reales y concretos, por estudios que eran como si hicieran penetrar en el triste claroscuro de las aulas el cielo y las aguas, los pueblos y los bosques, toda la

naturaleza viviente. «La historia se hace con textos»: de golpe parecía desvanecerse la penetrante observación de los parajes, la aguda comprensión de las relaciones geográficas próximas y lejanas, el examen de las huellas dejadas sobre la tierra humanizada por el encarnizado trabajo de las generaciones desde los tiempos en que los hombres del neolítico, realizada la separación de lo que sería bosque o se convertiría en tierra de labor, establecían para tiempos futuros los primeros tipos históricos conocidos de las instituciones primordiales de la humanidad.

Claro está, los exploradores de las sociedades antiguas escapaban, felizmente, ante los peligros de una tal fórmula de encogimiento y mutilación. Sus estudios eran vivificados sin cesar y renovados por las excavaciones, los descubrimientos de monumentos y de material humano, en contacto con realidades sustanciales, como son un hacha de metal, un vaso de terracota o de barro, una balanza y sus pesas, cosas todas que uno puede palpar y tener en sus manos, cuya resistencia puede probarse, y obtener, analizando sus formas, cien datos concretos sobre la vida misma de los hombres y las sociedades; estudios que, forzados a aplicarse con exactitud al terreno e impulsados por el despertar del sentido topográfico hacia la adquisición del sentido geográfico, no se sometían a las prescripciones de un código rígidamente definido.

En cambio, en el campo de los estudios modernos, los jóvenes, formados intelectualmente en una cultura que se basaba solo en los textos, el estudio de los textos, la explicación de los textos, pasaban, sin romper con los hábitos, desde los institutos en los que únicamente sus aptitudes «textuarias» les habían definido, a la Escuela Normal, a la Sorbona, a las facultades, donde se les proponía el mismo trabajo de estudio de textos, de explicación de textos. Trabajo sedentario, oficinesco y de papeleo; trabajo a realizar con las ventanas cerradas y las cortinas echadas. De ahí salían esos campesinos que parecían labrar viejos cartularios en vez de espesa tierra. De ahí surgían esos poseedores de señoríos en los cuales nadie se preocupaba por saber

lo que se hacía con los productos de su reserva o lo que sus dominios les representaban en servicios, en naturaleza, en fidelidades humanas o en sumas de dinero, a través de las distintas épocas. La historia era la gran señora; frente a ella, la humilde realidad económica daba la impresión de ser un Juan Lanas. Se vivía sin dinero ni crédito. Se practicaba una agricultura, una industria, un comercio abstractos. Y de esta forma, la historia afirmaba mejor todavía su participación en la dignidad, en la respetabilidad, en el perfecto y aristocrático desinterés por los estudios textuales y literarios. Gozaba de la alta consideración de que se beneficiaban en Francia sus estudios desde el Renacimiento. Todavía hoy, en 1933, a los profesores auxiliares de historia que entran en la universidad se les pide, sin más, cuatro ejercicios franceses sobre temas de historia y cuatro conferencias, «brillantes» a ser posible, sobre los mismos temas; y al encargarles que den cuenta de la vida de las sociedades pasadas —toda su vida material y espiritual, política, económica y social— no se les pregunta si saben leer y si es preciso realizar, o, al menos, criticar una estadística, ni si tienen los primeros rudimentos de derecho y de su evolución, ni, no digamos ya, si han oído hablar de las teorías contradictorias de la economía política, sino que ni siquiera se les pregunta si son capaces de explicar con precisión lo que es una moneda en su utilización corriente, lo que significa el cambio, lo que realmente sucede tras la fachada de una bolsa de valores o las ventanillas de un banco de depósitos; para colmo de paradojas, ni siquiera se les pide la explicación crítica de un texto: la historia se hace casi exclusivamente con palabras, fechas, nombres de lugares y de hombres. Basta recordar la fórmula: «La historia se hace con textos». Sin duda, entonces, se comprende todo.

* * *

Pero hay que preguntarse: ¿se alcanzaban los hechos a través de los textos? Todo el mundo lo decía: la historia era establecer

los hechos y después operar con ellos. Cosa que era verdad y estaba clara, en líneas generales y, sobre todo, si se consideraba que la historia se componía únicamente, o casi, de acontecimientos. Si tal rey determinado había nacido en tal lugar, tal año, y en determinada región había conseguido una victoria decisiva sobre sus vecinos, se trataba de investigar todos los textos que mencionaban ese nacimiento o esa batalla decisiva; elegir entre ellos los únicos dignos de credibilidad y, con los mejores, componer un relato exacto y preciso. ¿No tenían dificultades todas esas operaciones?

Pero ¿qué decir de la depreciación progresiva, a través de los siglos, de la libra de Tours? ¿Y cuándo los salarios han bajado o han subido el costo de la vida a lo largo de una serie de años? Sin duda, son hechos históricos y, en nuestra opinión, más importantes que la muerte de un soberano o la conclusión de un tratado efímero. Esos hechos ¿se advierten de una mañera directa? Está claro que no: los fabrican trabajadores pacientes, relevándose, sucediéndose, de forma lenta, penosa, apoyándose en miles de observaciones juiciosamente planteadas y millares de datos numéricos extraídos laboriosamente de múltiples documentos (datos que, en realidad, nunca proporcionan los documentos de modo directo). Y no se objete: «colecciones de hechos y no solo hechos...». Porque ¿dónde captar el hecho en sí, ese pretendido átomo de la historia? ¿Es un hecho el asesinato de Enrique IV por Ravaillac? Si se intenta analizarlo, descomponerlo en sus elementos, materiales unos y espirituales otros, en cuanto resultado combinado de leyes generales, circunstancias particulares de tiempo y lugar, circunstancias propias, por último, de cada uno de los individuos, conocidos o ignorados, que tomaron parte en la tragedia, se verá en seguida dividirse, descomponerse, disociarse un complejo intrincado... no de datos, sino de lo tantas veces creado por el historiador, lo inventado y lo fabricado con ayuda de hipótesis y conjeturas, mediante un trabajo delicado y apasionante.

De ahí deriva, entre paréntesis, la fuerte atracción que ejer-

cen sobre los historiadores los períodos de origen: los misterios aumentan el volumen de lo que debe ser aclarado y de las resurrecciones que hay que intentar. Son como desiertos infinitos en medio de los cuales es apasionante hacer brotar, si se puede, pozos de agua y alumbrar, partiendo de la nada y mediante la potencia de laboriosas investigaciones, oasis de conocimientos nuevos.

* * *

Hay que enfrentarse, sin duda, con otra doctrina enseñada casi con tanta frecuencia. «El historiador no debería elegir los hechos. ¿Con qué derecho, en nombre de qué principios, elegirlos? Elegir es la negación de la obra científica...». Sin embargo, toda historia es elección.

Lo es porque existe el azar que aquí destruyó y allá salvaguardó los vestigios del pasado. Lo es porque existe el hombre: cuando los documentos abundan, abrevia, simplifica, hace hincapié en esto, relega aquello a segundo término. Y lo es, principalmente, por el hecho de que el historiador crea sus materiales o los recrea, si se quiere: el historiador no va rondando al azar a través del pasado, como un trapero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema que resolver, una hipótesis de trabajo que verificar. Decir que «eso no es una actitud científica» ¿no es poner de manifiesto, simplemente, que se sabe muy poco de la ciencia, de sus condiciones y de sus métodos? El histólogo que mira por el ocular de su microscopio ¿capta hechos aislados de una manera inmediata? Lo esencial de su trabajo consiste en crear, por así decirlo, los objetos de su observación, con ayuda de técnicas frecuentemente muy complicadas. Y después, una vez adquiridos esos objetos, en «leer» sus probetas y sus preparados. Tarea singularmente ardua; porque describir lo que se ve, todavía pase, pero ver lo que se debe describir, eso sí es difícil.

Establecer los hechos y después operar con ellos... Muy bien, sí, pero cuidad de no establecer de esa manera una nefasta divi-

sión del trabajo, una peligrosa jerarquía. No estimuléis a quienes, en apariencia modestos y desconfiados y en realidad pasivos y gregarios, amasan hechos para nada y después esperan con los brazos cruzados eternamente que llegue el hombre capaz de ordenarlos. Hay en los campos de la historia tantas piedras talladas por benévolos canteros y abandonadas después en el terreno... Si surgiera el arquitecto al que las piedras esperan sin ilusión me parece que se iría a construir a un lugar libre y desnudo, huyendo de esos campos sembrados de dispar sillería. Manipulaciones, invenciones: a un lado los peones, a otro los constructores. No. Para que no se pierda nada del trabajo humano, la invención tiene que realizarse en todas partes. Elaborar un hecho es construir. Es dar soluciones a un problema, si se quiere. Y si no hay problema no hay nada.

Son estas verdades que con demasiada frecuencia escapaban a demasiados historiadores. Educaban a sus discípulos en el santo temor a la hipótesis, considerada (por hombres que, por otra parte, tenían siempre en la boca las grandes palabras «método» y «verdad» científica) el peor de los pecados contra lo que ellos llamaban *Ciencia*. En el frontón de su historia grababan con letras de fuego un perentorio *hypotheses non fingo*. Y para la clasificación de los hechos, una máxima única: seguir rigurosamente el orden cronológico... ¿Rigurosamente? Michelet decía «sutilmente». Pero todo el mundo sabía a la perfección que Michelet y la historia no tenían nada en común. ¿No era una engañifa el orden cronológico? La historia que se nos explicaba (y si utilizo el imperfecto de los verbos no es por un excesivo candor), la historia que se nos enseñaba a hacer no era, en realidad, más que una deificación del presente con ayuda del pasado. Pero rehusaba verlo, y decirlo.

* * *

La historia de Francia, desde la Galia romana definida por César al comienzo de los *Comentarios* hasta la Francia de 1933

limitada por sus fronteras, seguía el hilo del tiempo sin perderse ni desviarse nunca. No embarrancaba en escollos escondidos ni naufragaba jamás entre los rápidos. Al llegar al término de su viaje concluía: «¡Mirad, salí de la Galia y llego sin tropiezo a la Francia de hoy: maravillosa continuidad de una historia nacional!». Era verdad; pero, porque partiendo de 1933, el historiador había empezado por remontar la corriente, reconocer todos los afluentes, eliminar los brazos que se desviaban (quiero decir, que no conducían directamente a César). Ese majestuoso desarrollo encantaba al historiador e introducía en una historia viviente, hecha de catástrofes, tragedias, amputaciones y anexiones sin fruto, una especie de rigidez ficticia y cadavérica, si hay que decirlo todo.

Aunque no sea más que mirando con nueva atención un atlas histórico, pongamos ante nosotros mismos la prodigiosa representación de todas las figuras sorprendentemente distintas que ha presentado el país que denominamos Francia, nombre con el que se le ha llamado con continuidad desde hace siglos; si conseguimos liberarnos de la obsesión de «lo que es», evoquemos esa serie de formaciones paradójicas en nuestra opinión; si una de ellas hubiera perdurado podemos estar seguros de que la historia hubiera vuelto a encontrar, remontándose, a sus antepasados: la alianza de Francia y España, y la de Francia y Renania o Francia e Inglaterra, o Francia e Italia, Francia y los Países Bajos... ¿Quién podrá decir lo que una historia pierde de vital e interés si no se tienen en cuenta tantas casualidades, escarceos e innovaciones? ¿Quién podrá decir el peligro que puede representar, si desde esta cátedra pudiera utilizar palabras que no sean científicas?

Supongamos la historia del Rin.[2] Empezáis a escribirla de

2. Lucien Febvre, *Le problème historique du Rhin*, primera parte del volumen *Le Rhin*, publicado en colaboración con Albert Demangeon, por la Société générale alsacienne de Banque, Estrasburgo, Imprimerie Alsacienne, 1930, en 4.°. Recogido en *Le Rhin, problèmes d'histoire et d'économie*, París, A. Colin, 1935, en 8.°.

buena fe partiendo de la ilusión de que seguís el hilo de los acontecimientos mientras que, de hecho, habéis empezado por remontarlo. Partís de lo que representa el Rin para nosotros —un Rin cargado de rencores nacionales, un Rin fronterizo, enclave sangriento de políticas belicistas—. Y poco a poco llegáis hasta el famoso texto de los *Comentarios* que vaticina: «El Rin, línea de separación de la Galia y la Germania...». Tras lo cual, volvéis a empezar. Está claro que inocentemente. Estoy de acuerdo en que libremente. Pero a lo largo del camino apretáis con fuerza en la mano los dos extremos de la cadena. A pesar vuestro habéis proyectado el ardiente presente sobre siglos fríos. Y en ellos volvéis a encontrar el presente tal como lo habéis considerado. No dudéis que se trata de un método regresivo. Es concebible que ya un Guillermo II lo haya preconizado y que, a ejemplo suyo, lo defiendan los que considerándose el ombligo del mundo piensan que todo el pasado entero no sirve más que como preparación y justificación deseada de lo que ellos son y proyectan. Pero ¿dónde situar la ciencia?, ¿qué queda de la ciencia en todo eso?

Así andábamos y la historia triunfaba. Desde fuera se la envidiaba por su potencia. Sin embargo, poco a poco, se iba vaciando de su sustancia real. La historia, se decía, no era una disciplina particular con un contenido perfectamente definido. Era un «método»: un método a punto de convertirse en el método cuasi universal en el campo de las ciencias del hombre. Como si un método tal, al que un conocido texto llamaba «el método empleado para constituir la historia», fuese, en realidad, algo distinto a uno de los métodos practicados por todas las ciencias, el del conocimiento indirecto. La historia no había perdido su sombra. Pero renunciaba a su verdadero cuerpo por una sombra. Y quienes lo afirmaban, principalmente los que agrupaba Henri Berr en torno a la *Revue de Synthèse Historique*, el hombre que tuvo la valentía clarividente de escribir en 1911, en el prólogo a su ensayo crítico y teórico *La synthèse en histoire* (pág. VI): «Se afirma que la historia no tiene contacto con la vida porque

es demasiado científica; yo estoy convencido, por el contrario, de que no lo tiene porque no es lo suficientemente científica», aquellos eran los que preparaban el futuro porque, desde luego, no domeñaban el presente.

II

Y llegó el despertar, brusco y desagradable. En plena crisis, en medio de las dudas. Dudas hijas de la guerra. Dudas de los que reanudaban su pacífico oficio, obsesionados por la idea de que estaban allí para hacer la tarea individual de cada cual y no tal como la hubieran hecho si la tormenta no hubiese arrastrado al mundo con sus torbellinos; y, ante todo, para hacer la tarea de los que ya no estaban allí, de aquellas dos generaciones atrozmente diezmadas, de las cuales solo sobrevivían algunos restos como en esos bosques de pesadilla que uno atraviesa, directamente, sin dudas...[3] «Hacer historia, enseñar historia: remover cenizas, unas ya frías y otras todavía tibias, pero siempre cenizas, residuos inertes de existencias consumidas...» Pero ¿no había otras tareas más urgentes, más *útiles* (para decirlo con la gran palabra), reclamándonos que les entregáramos el resto de nuestras fuerzas?

Dudas de los que se burlaban del «fracaso de la historia». Verdad es que estas tenían menos peso, porque acusar a la historia de no haber previsto ni predicho nada, ironizar sobre el desmoronamiento de las «leyes» que se forjaban por el puro placer de denunciar su inutilidad, objetar las reservas de una energía moral, cuyas posibilidades no negaba nadie, ante el «es-

3. Lucien Febvre, «L'histoire dans le monde en ruines», lección de apertura del curso de historia moderna en la Universidad de Estrasburgo *(Revue de Synthèse Historique,* t. XXX, 1, n.° 88, febrero 1920, pág. 1 y siguientes).

piritualismo económico» ya señalado por un Frédéric Rauh[4] como un disfraz bajo el nombre de «materialismo histórico», y responder, con sorna, como un Bernard Shaw, ante los que hablaban del medio y de sus condicionamientos: «El hombre razonable se adapta al medio; el hombre no juicioso intenta adaptar el medio; de ahí que todos los progresos sean obra de imbéciles», en todo eso no había nada de imprevisto ni que pudiera interesar a los historiadores. Porque estos sabían perfectamente que hay dos planos siempre diferenciados, el del conocimiento y el de la acción: el plano del saber y el de la inspiración, el plano de las cosas que ya han empezado a existir y el de la creación en formación. ¿Podrían obligar alguna vez a los hombres leyes históricas perfectamente establecidas? ¿Quién puede afirmar que no sea necesario un sentimiento de creación autónoma para operar, en un medio determinado, contra el peso de las tradiciones, contra la inercia de las instituciones, mientras que de cara al futuro el esfuerzo autónomo de los innovadores se inscribirá, sin duda, entre las consecuencias del régimen que combaten?

Más grave era la crisis de todo lo que rodeaba, de todo lo que enmarcaba a la historia en el terreno del espíritu. Y en este caso la guerra no había tenido nada que ver. Bajo el repetido choque de las ideas nuevas, de las profundas sacudidas que quebrantaban, dislocaban los seculares fundamentos de la física, todo un mundo se venía abajo: ese mundo moderno del que estábamos tan orgullosos y que ofrecía a nuestras actividades el confortable asilo de la certeza adquirida; ese mundo dominado por la matematización rigurosa de una física considerada como una geometría del mundo que vaciaba la materia de toda cualidad para darle una extensión absolutamente nueva; esta ciencia de los fenómenos naturales que, con todo su ardor, tendía hacia el objetivo, un objetivo sustraído a las exigencias del Yo y que se valoraba no por la cualidad sino por la cantidad; y más espe-

4. *Études de morale,* París, Alcan, 1911, pág. 64 y siguientes.

cialmente, esta ciencia de los hechos del hombre que se iba constituyendo por aplicación al terreno humano de los métodos experimentados hasta entonces en el terreno de una materia ligada al determinismo más riguroso.

¿Es una derrota de las viejas ideas, de las viejas doctrinas anonadadas por las nuevas que irrumpen? No tanto. Nunca hubo mar geológico que no dejara un estrato atestiguando su potencia. ¿Es una crisis de ideal, necesario retorno a un misticismo primitivo o evolucionado? Menos aún. Se trata, ciertamente, de un enriquecimiento y de una ampliación; la posibilidad, entrevista, de nuevas negociaciones, relaciones inteligibles en el punto preciso que ahora nos ocupa entre esos dos terrenos hasta ahora separados por un abismo: el campo objetivo de la naturaleza y el terreno subjetivo del espíritu...

No es ahora el momento de investigar cómo, en qué medida y en qué aspectos específicos esas grandes transformaciones de ideas pueden afectar a la historia, que empieza a dar los primeros pasos por el camino general de la ciencia. Haría falta, si no un libro, por lo menos un curso. Habrá que contentarse con una simple observación: ¿cómo concebir en un ambiente de transformaciones tales una historia absolutamente inmóvil en sus viejas costumbres? ¿Cómo no vamos a sentir los historiadores la necesidad de concertar nuestras ideas y nuestros métodos con los de otras disciplinas? Para hablar claro, ¿cómo no reconstruir cuando aparecen grietas por todas partes?

* * *

Pero ¿sobre qué fundamentos reconstruir? No hay que buscar muy lejos: sobre los sólidos cimientos de lo que debe llamarse la humanidad.

La historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano. Y no la ciencia de las cosas o de los conceptos. Sin hombres, ¿quién iba a difundir las ideas? Ideas que son simples elementos entre otros muchos de ese bagaje mental hecho de

influencias, recuerdos, lecturas y conversaciones que cada cual lleva consigo. ¿Iban a difundirlas las instituciones, separadas de aquellos que las hacen y que, aun respetándolas, las modifican sin cesar? No, solo del hombre es la historia, y la historia entendida en el más amplio sentido. Ya es sabido con qué vigor denunciaba Michel Bréal, aquí mismo, en el Collège, la quimera de James Darmesteter cuando escribió *La vie des mots* dando al lenguaje la categoría de héroe.

La historia es ciencia del hombre; y también *de los hechos,* sí. Pero de los hechos *humanos.* La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso.

Y también los *textos.* Pero se trata de textos *humanos.* Las mismas palabras que los forman están repletas de sustancia humana. Todos tienen su historia, suenan de forma diferente según los tiempos e incluso si designan objetos materiales; solo excepcionalmente significan realidades idénticas, cualidades iguales o equivalentes.

Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero *todos los textos.* Y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio: el privilegio de extraer de ellos, como decía el otro,[5] un nombre, un lugar, una fecha, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo, concluía, de un historiador despreocupado por lo real. También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia...

Está claro que hay que utilizar los textos, pero *no exclusivamente* los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, principalmente, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, como la demografía que sustituye a la genealogía en la misma medida, indudablemente, en que *demos*

5. El físico Boisse.

remplaza en su trono a los reyes y a los príncipes; como la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico pone de manifiesto un hecho de civilización; como la psicología que pasa del estudio del individuo al de los grupos y las masas. Y tantas otras disciplinas. Hace milenios que el polen de los árboles forestales cayó en los cenagosos pantanos del norte. Hoy, un Gradmann, examinándolo al microscopio saca de ese hecho el fundamento de apasionantes estudios sobre el poblamiento antiguo que la ciencia del hábitat humano debe confesarse impotente para realizar, aun añadiendo a los datos de los textos el estudio de los nombres de los lugares o el de vestigios arqueológicos. Ese polen milenario es un documento para la historia. La historia hace con él su miel, porque la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido...

Negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencias heterogéneas: esa es la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda, sin duda, de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos.

¿Hay que tomar prestadas ciertas nociones? Algunas veces. Pero sobre todo, hay que tomar prestados métodos e inspiración. La regla hoy es que lo hagan investigadores aislados que buscan el apoyo de sus compañeros de otras disciplinas. Mañana será, sin duda, característica propia de trabajadores de formación diversa unidos en equipos para aunar sus esfuerzos; me imagino que el físico planteará el problema, el matemático aportará su virtuosismo en el manejo del lenguaje científico y, por último, el astrónomo elegirá los astros que hay que elegir en el inmenso campo del cielo, observará y controlará. Indudablemente, es una fórmula para el futuro. Al trabajo, le hará perder mucho de su intimidad. No será ya asunto de un hombre y su proyección, al menos, tan profundamente. Pero ganará en

eficacia lo que se pierda en personalidad. Quiérase o no, los tiempos del artesanado empiezan a quedar fuera de nuestro horizonte. Y como tantas otras cosas, el pequeño artesano científico que somos cada uno de nosotros, que nos gusta hasta en sus taras y sus manías; el pequeño artesano que todo lo hace por sí mismo y para sí mismo, que crea su utillaje, su campo de experiencias, su programa de investigación, va a reunirse en el pasado con tantas otras bellezas muertas. Pero ya otra belleza se esboza sobre la tierra.

Colaboración entre los hombres, concordancia de los métodos, analogía en los desarrollos. Una ciencia nueva, la lingüística, tuvo su origen en una sección de la filología, la filología comparada, que a su vez había surgido del descubrimiento del sánscrito en el siglo XVIII. Ahora bien, antes de orientarse hacia el estudio estático de los hechos lingüísticos haciendo abstracción de la historia de las lenguas, se consagró casi únicamente a esta. Evolución que, sin duda, prefigura en líneas generales y muy toscas la que un día asumirá la historia, cuando del estudio global de los conjuntos históricos —pueblos y naciones, si se quiere— pase en una forma que no se puede determinar por adelantado (porque está claramente en función de los futuros progresos de otras ciencias próximas) al estudio estático de los hechos de la historia... De momento, modestamente, no le asignamos más tarea que plantear problemas humanos. Por preocupaciones humanistas y a la vez por presentimiento de lo que un día pueda ser la historia. La ciencia de los hechos históricos.

¿Una ciencia con leyes? Acaso. Todo depende de lo que se denomine ley. Palabra ambiciosa, pero plena de sentidos diferentes y a veces contradictorios. Ya hemos dicho que no se trata de leyes que obligan a la acción. No aplastemos el esfuerzo humano bajo el peso esterilizador del pasado. Hay que repetir en voz alta, historiadores —y precisamente en cuanto que historiadores—, que el pasado no obliga. No hay que hacerse ilusiones. El hombre no se acuerda del pasado; siempre lo reconstruye. El hombre aislado es una abstracción. La realidad es el hombre en

grupo. Y el hombre no conserva en su memoria el pasado de la misma forma en que los hielos del Norte conservan congelados los mamuts milenarios. Arranca del presente y a través de él, siempre, conoce e interpreta el pasado.

¿Hace falta un ejemplo? ¿Cuál sería el más típico? El del derecho consuetudinario medieval que ayer alegaba justamente Marc Bloch. Durante varios siglos se consideró válida una regla de derecho, o se juzgó legítimo un canon por la sola razón de que regla o canon eran inmemorables. Cuando el juez concienzudo buscaba la verdad jurídica volvía al pasado: «¿Qué se ha hecho con anterioridad?, ¿cuál era la costumbre?». Así pues, ¿tenía que permanecer estacionario el derecho? Sin embargo, no ha dejado de evolucionar, y rápidamente. Lo mismo que evolucionó el cristianismo entre la paz de la iglesia y la Reforma...

Son necesidades vitales. Reacciones de defensa instintivas contra la formidable masa de los hechos, las ideas, los hábitos de antaño. El primer medio de resistencia es imbuir el presente en la tradición misma. Cosa que no es en absoluto la reacción de la historia objetiva. Esta intenta, mediante un esfuerzo heroico y directo, desembarazándose de las interpretaciones citadas, reconstruir los sistemas sucesivos de ideas e instituciones en su estado de frescura original. Pero al mismo tiempo sabe medir las dificultades de una tarea tal. Sabe que nunca podrá poner en funcionamiento el inhallable aparato que, tras un sueño de varios siglos, le permitiría oír, grabada tal cual, toda una eternidad, la voz misma del pasado reflejada en lo contemporáneo. La historia objetiva interpreta, organiza. Reconstruye y completa las respuestas. Se hace el pasado que necesita. Y en ello no hay escándalo ni atentado contra la supuesta majestad de la ciencia. La ciencia no se hace en una torre de marfil; se hace en la vida misma y por gentes que trabajan en ese momento. Está ligada a través de mil sutilezas y complicados lazos a todas las actividades divergentes de los hombres. A veces incluso sufre la influencia de las modas. ¿Cómo iba a escapar a sus inquietudes, moviéndo-

se en el mismo ambiente que todas las demás disciplinas humanas, esta ciencia de la que decía Poincaré que «adivina el pasado»? Nosotros decimos que la historia solo toca con su varita, para resucitarlas, algunas partes determinadas: aquellas que tienen valor para el ideal al que sirve la historia, y en un momento concreto... Y con esto, vuelvo a plantear la pregunta de antes.

¿De qué leyes se trata? Si se trata de esas fórmulas comunes que forman series agrupando hechos hasta entonces separados, ¿por qué no? Así será como la historia experimentará una vez más la unidad viva de la ciencia; y entonces se sentirá, más aún, hermana de las otras ciencias, de todas aquellas para las cuales el gran problema hoy es negociar el acuerdo entre lo lógico y lo real, de la misma manera como para la historia se trata de negociar el acuerdo entre lo institucional y lo contingente.

Difícil tarea. En todas las ciencias, hoy, no hay más que oposiciones, conflictos, antinomias. Aquí, en esta casa, dejemos bromear a los que van denunciando con una risita burlona nuestras impotencias. Solo olvidan una cosa: en el origen de toda adquisición científica existe el no-conformismo. Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia. De la misma manera que las religiones se refuerzan con la herejía de que se alimentan. *Oportet haereses esse.*

* * *

Yo ya sabía al empezar esta lección cuánto tiempo y esfuerzo exigen estas ideas para ser realmente explicitadas. Perdonadme que no me haya detenido ante dificultades que conocía. Se trataba, en mi opinión, no de edificar un sistema, sino de presentaros a un hombre, sus intenciones, sus prejuicios quizás y sus debilidades, en cualquier caso, su buena voluntad.

En el bello libro jubilar que publicó el Collège de France con ocasión de su cuarto centenario, se encuentra reproducido, gracias a la atención de Paul Hazard, un documento emocionante. Es una página de notas autógrafas de Michelet, anota-

ciones hechas con su fina caligrafía, antes de una de las últimas lecciones que profesó aquí. En ella vibran ya las cadencias del gran poeta de la historia romántica: se lee lo siguiente:

«¿Por qué no tengo partido?... Porque he visto en la historia la historia y nada más...

»¿Por qué no tengo escuela?... Porque no he exagerado la importancia de las fórmulas, porque no he querido someter a ningún espíritu, sino al contrario, liberarles, darles la fuerza que permite juzgar y encontrar.»

Mi aspiración es que un día, próximo o lejano, al término del curso que hoy inauguro, pueda merecer que se me rinda este homenaje: «En la historia solo vio la historia, nada más... En su magisterio no sometió a los espíritus, porque no tuvo sistemas —sistemas de los que también Claude Bernard decía que tienden a esclavizar al espíritu humano—, en cambio se preocupó por las ideas y las teorías». Por las ideas, porque las ciencias solo avanzan gracias a la potencia creadora y original del pensamiento; por las teorías, porque, sin duda, sabemos perfectamente que nunca abarcan la infinita complejidad de los fenómenos naturales: son grados sucesivos que la ciencia, en su deseo insaciable de ampliar el horizonte del pensamiento humano, consigue unos tras otros con la magnífica certeza de no alcanzar jamás la cumbre de las cumbres, la cima desde donde se vería la aurora surgiendo del crepúsculo.